

de éstos, que al descubrir el sol bajaba al puesto, queriendo un poco antes apearse, apenas lo hubo hecho, cuando emparejando con él cuatro mujeres que querían atravesar la Puente, reparándose él algo á mirarlas, vió que con igual intento habían hecho lo mismo; con que, más advertido en su curiosidad, las hizo un humilde acatamiento, porque no obstante que siempre en él había tales extremos, la estofa de la ropa juzgó por digna de mayor cortesía.

CAPITULO XCVII

Prosiguese el suceso de este día.

LA respuesta que tuvo el comedimiento cortés de don Fadrique fué de otra jerarquía; porque haciéndole señas que se acercase, la una tapada hasta los pechos, adelantándose de la compañía algunos pasos, en baja voz le dijo con discreto donaire:

—Si os atrevéis, como á matar los toros en la plaza, á seguirnos ahora en este campo, no es pequeña aventura en la que os pondréis; pues habiendo de llegar á San Isidro, sólo porque el acero que se toma por vos (más que por otro achaque) no se vuelva contra nosotras, os remitamos nuestra guarda; y, por lo menos, podréis venir seguro, que si hubiese caballeros andantes

que lo impidan, todas nos habremos de ver á vuestro lado.

Aquí, no sin alguna risa, callando ella, respondió don Fadrique:

—Conociéndome, como dáis á entender, mal habéis hecho en mandarme con tan largas razones, pues sólo la presunción de que me hayáis menester basta á ponerme en peligros de veras, cuanto y más en cosas tan de gusto.

Y diciendo y haciendo, mandó á sus criados que le atendiesen; y poniéndose delante, comenzó á acompañarlas. Pasaron en alegre conversación la Puente, y con la misma, llegaron á la ermita; si bien en toda esta distancia, quien sustentó la tela, fué la misma que primero había habládole, mas por tan discretos ambajes y rodeos, que se le conoció hablaba en nombre de otra, y que asimismo atendía á recatar de las demás el alma de su intento.

Reparáronse en aquel santuario un grande espacio, en quien la propia, tomando por la mano otras dos mujeres, y fingiendo irse á gozar de la milagrosa fuente, dejó á don Fadrique por guarda de la última, la cual, apenas se vió sola, cuando, alzando del rostro el sutil manto, descubrió de improviso un pedazo de cielo lleno de soles, arboles y estrellas, que casi su belleza, y mayormente tan nueva admiración, le dejó suspendido.

Reconoció su turbación la dama; y aunque ella

estaba en no mejores términos, con todo eso le ganó por la mano; y con alegres ojos y dulcísima voz le dijo:

—Al fin, señor don Fadrique, este buen día yo me le he granjeado por mi lance, pues es cierto que, según andáis poco advertido, con quien tanto desea vuestro gusto, ni el miraros desde el coche tan libre, ni el aplaudir á vuestros ojos esa dichosa suerte, ni aun menos recatadas diligencias y acciones, fueran bastantes nunca á granjear mejor correspondencia y excusar mi cuidado de semejante atrevimiento y libertad. Pero, al fin, como vos no la tengáis por tal, y como yo quede en vuestra opinión en el predicamento que merezco, daré por perdonados tales descuidos y aun los disgustos y riesgos á que me he dispuesto, si esto imaginasen los míos, los cuales aún son mayores de lo que puedo encarecer, y solamente los que han tenido á raya mis afectos; porque ni tengo criado de quien fiarme, ni aun mujer en mi servicio, á quien (fuera de la que os vino hablando) pueda descubrirme. Ella es buen testigo de lo mucho que me debéis; y no hubiera dilatado según me quiere el haceros cargo de tal deuda, si como yo, no estuviera en el mismo recato, en la misma guarda y clausura. Pero ya que los cielos han destinado por términos tan tristes mi contento, no ha de faltar alguna buena estrella que nos ayude; siendo vuestro gusto verme y hablarme por adonde viniendo

á deshora, pienso que habrá lugar. Ese papel os dirá la parte; y en él conoceréis cuántos días he andado prevenida, y ahora, porque éste será el último día que he de salir al puesto en que véis, seguidme ó haced saber mi casa; y, en tanto, el cielo os guarde y dé á mis pensamientos acogida en vuestro pecho.

CAPITULO XCVIII

Escríbese el papel de esta dama, y otro semejante accidente para los dos hermanos.

CON lo que arriba dijo, sin esperar respuesta, dejándose un papel en el suelo y á don Fadrique en éxtasis absorto, llamando á sus criadas, salió á la puerta la hermosa dama; y riñendo, con muestras de mohina, el dejarla sola, volvieron al camino haciendo, el asombrado caballero (guardando el papel dicho) el mismo oficio; no obstante que con menos descuido y aun sosiego que vino, y aun si dijese libertad, no sería engaño.

Tan impensado fué el suceso, tan peregrina el aventura y, sobre todo, portentoso é increíble que sujeto tan bello hubiese, con desigual despejo, mostrado á un hombre humano rendimientos incapaces de crédito, que no por menos los apercibía don Fadrique, juzgándose por indigno de tanta gloria. Tales discursos entretuvieron su jornada, hasta donde atendían sus criados, y

adonde, despidiéndose de las damas, mandó seguirlas, y que el más confidente tomase las señas de la casa; y prosiguiendo él á la suya, queriendo antes de descansar ver á su hermano, que aún se estaba en la cama, le halló leyendo un papel, y junto á él un paje que le había traído. Holgóse sumamente don Diego en viéndole, porque la respuesta del que tenía en la mano pedía la consulta de entrambos; y así, poniéndole en las suyas, aunque don Fadrique traía suficientes cuidados, no fueron menores en los que de nuevo se halló, leyéndole en la forma siguiente:

Papel para los dos hermanos.

«Barajas hace mañana grandes fiestas, á quien de secreto asisten los reyes y en público lo mejor de la corte. Deseo sobre todas las cosas, y aun deseamos, que vos y don Fadrique asegureis nuestro cuidado excusando el riesgo de más lanzadas ni peligrosas suertes. Pero no que faltéis en ellas, pues ausentes, antes nos causarán pesar que regocijo; y, en tanto, no curéis de apurar al portador porque lleva tan limitada licencia como tienen sus dueños que, respetando dificultades grandes y imposibles mayores, sólo pueden veros muy poco y deseáros mucho.»

No era más largo el billete, y así, no hallando en él cosa que dificultase el expediente, algo risueño, volviéndose á su hermano, le dijo:

—Aquí, señor, no hay sino obedecer, dé donde diere; que por lo menos, si nos halláremos engañados, no nos podrán tener por descortes, y aunque, como ahora sabréis, yo pudiera con razón excusarme, á trueque de no caer en mal término atropellaré mi voluntad.

—Alto, pues (replicó don Diego); pues esta es la vuestra; no hay sino preveniros.

Y con esto, despidiendo al criado, le enviaron con el mismo parecer; y tornando á su plática, en ella don Fadrique dió á su hermano larga cuenta de su aventura, y juntamente del papel, que aún no había leído. De que no poco admirado, abriéndole y juzgando por encanto lo de aquel día, leyó en él los siguientes renglones.

Papel á don Fadrique.

«Un año hizo el día de los Reyes que en las justas reales de palacio, entre los muchos premios que á vuestro valor dieron los jueces, me llevasteis el mejor de mi alma, que aunque conoce (según pide su natural vergüenza) atrevimiento y libertad tan indigna de su noble ser, la fuerza que le han hecho mis sentidos, la resistencia loca de mi pecho, el dolor y tormento de mi corazón, al fin, al fin la han atropellado y vencido; y de tal manera, que sus rendimientos serán eternos, aunque mi desdicha y vuestra diversión sean perdurables. Pero si ya éste lle-

gare por dichoso á vuestras manos, no permitáis que su dueño, por desdichado, quede sin el premio de veros, pues esto será fácil advirtiéndole la casa y demás señas que van en ese membrete.»

Era verdad como el papel decía, porque dentro de él, en otro más pequeño, prosiguiendo la orden, hallaron los hermanos señas tan claras y razones tan infalibles, que no se podía errar el intento. Y así, aunque con recato particular, habiendo de irse otro día á Barajas, tuvieron por preciso acudir al puesto que se le avisaba á don Fadrique, como en efecto lo cumplieron aquella noche, pues ya á las doce, que era el término señalado, el galán estaba donde el papel decía, que era cierta calle excusada, á quien salía una ventana baja, y don Diego haciéndole su escolta y no sin grande aviso, porque respecto de la grandeza y suntuosidad de la casa, juzgaba por necesario todo recato y secreto.

CAPITULO XCIX

Habla don Fadrique á su dama, y partiendo á Barajas él y don Diego, el siguiente día tienen allí varios acaecimientos.

SALIÓ en esto la dama, incomparablemente hermosa, porque el contento de ver á don Fadrique tan puntual acrecentó aquel atributo, que encareció el amante con todas veras, señal de

que ya estaba para menores burlas; mas al ser bien pagado, disculpó su breve vasallaje; prometiéndole éste eterno, y diciéndole su nombre la dama, que era Leonarda, se despidieron más alegres, hasta volverse á ver.

Bien quisiera don Fadrique que su hermano disculpara su afición viendo su empleo; mas pareciéndole muy temprana licencia, la dilató á mejor ocasión; y recogiendo con él, hablando en diferentes cosas, hicieron hora de dormir; y otro día á las tres de la tarde, teniendo prevenidas ventanas, con ricos y preciosos vestidos y algunos amigos y criados, partieron á Barajas. Si bien cuando llegaron estaban ya las fiestas comenzadas y los andamios tan cerrados y llenos, que para poder ir á su puesto hubieron de atravesar la plaza; y así desde adonde se les dejó pasar en tropa como estaban, no sin riesgo del toro y con alguna prisa cruzaron hasta sus ventanas.

Bien pensó don Diego que don Fadrique iba en su compañía; mas engañóse en ello, porque embarazado en el camino, muy sin pensarlo, se quedó muy atrás; y echándole menos, al volver la cara, le vió que paso á paso, y como si no anduviera un demonio en el coso haciendo con los cuernos remolinos de gente, se acercaba á las ventanas sin ninguna pena. Mas no pudiendo sufrir el corazón mirarle en tal peligro, sin que las voces y aun los brazos de sus amigos fuesen bas-

tantes, se arrojó por el coso hasta emparejar con su hermano. Pero estando muy cerca de salir con su bizarro intento, no sin admiración de los presentes, turbó, no su buen ánimo, mas toda el alegría de la plaza, el embestir el toro á aquella parte.

Venía el feroz animal todo sangriento, bramando, y acosado con algunas garrochas; y no obstante, los dos buenos hermanos le atendieron, no juntos, como suelen en tales casos, mas antes apartándose algún tanto. A quien no sé si temiendo la empresa, ó abandonado del grande atrevimiento, cuatro ó seis pasos de ellos reparó el bravo toro, y así, mientras con furiosas pisadas arrancaba la menuda arena, no quedó dama en balcón, hombre en andamio, que no los diese gritos, que no los pidiese se retirase. Mas fuera entonces ponerse en conocido riesgo, además que, sin mayor tardanza, los embistió tan ciego, que en un punto se halló con las dos capas en los ojos y cortadas las piernas. Mas aquí se vió ahora el rumor del vulgo, los alaridos y voces de la gente, aquí el alargar los cuerpos en las ventanas, aquí el empinarse unos sobre otros, y finalmente, los mayores aplausos, las mayores alabanzas que oyeron hombres. Tomaron sus capas, y con las gorras destocadas, prosiguiendo á su puesto, de un balcón, al pasar, dos damas atapadas dejaron caer encima de ellos una banda pajiza y un bordado lenzuelo; mas con tanto des-

cuido, que sin ninguna nota se salieron con ella, porque todos y todas estaban empleados en mirar los valientes mancebos, los cuales, alcanzando sus dos prendas y haciendo á aquella parte cortesía, se subieron á sus ventanas, desde adonde, aunque curiosos procuraron atalayar la causa de su venida, que bien creyeron fuese las de aquellos favores, se cansaron en balde; porque ni aun una seña, un volver de ojos, un mínimo cuidado, no llegó á su noticia.

Con que, sin más rastrearlo, acabaron de ver las fiestas; y no teniendo más que hacer allí, tomando algún refresco, en desabahando el vulgacho y aun el espeso polvo del camino, ya de noche, dieron la vuelta, engañando el corto viaje con gustosos motes y atendiendo á matracas de no menos donaire y regocijo; hasta que, llegando al nombre de arroyo de Broñigales, les cortó el hilo de ellas otra tropa de gente de á caballo, que, en llegando á juntarse, les preguntaron por los dos Mendozas, que apenas se oyeron nombrar, cuando, adelantándose un poco, dijeron que ellos eran; á que haciendo semejante ademán otros dos de la contraria parte, arrimándose á un lado, les respondieron:

—Pues si nos dan licencia vuestros compañeros, os querríamos hablar.

—Pues como mejor mandáredes (replicó don Fadrique), y haced cuenta que la tenéis.

Y con tanto acercándose más él y su hermano,

en llegando á postura, conocieron al mal intencionado marqués que dije arriba, y á otro gran caballero primo suyo, que tomando la mano, mientras ellos dispusieron las suyas para cualquier suceso, les comenzó hablar de la suerte que oiréis en el capítulo siguiente.

CAPITULO C

Desafío del marqués y su primo á los dos Mendozas y el efecto que hubo.

AUNQUE el puesto (dijo su primo del marqués), para definir ciertas dudas no era poco apropiado, todavía la mucha gente que traéis y la que á nosotros acompaña lo contradicen; y así, según aquesto, fuerza será que nos digáis en qué parte los dos á los dos solos os hallaremos en tocando á maitines, que allí seremos puntuales; y allí quedarán definidas de una manera ó de otras muchas cosas.

—Harto mejor os fuera (respondió don Diego), que pues tantas ganas teniades de hablarnos, lo hubiérades anticipado, ó á lo menos advertido con más secreto, y no que ahora, viendo semejantes facciones (pues llano es que no han de presumir bien los que nos miran), alborotemos la corte y todo pare, al fin, en aire y en prisiones; pero, en efecto, el caso no tiene ya remedio, ni tampoco le tiene el señalaros lugar, hasta que á

esta misma hora nos juntemos en la Puerta Cerrada, donde podremos elegirle mejor y más seguramente; y, en tanto, andad con Dios, que os quedo encargo y deseo de serviros, merced que ha muchos días tengo bien esperada.

—Pues quede así como ordenáis (replicó el marqués), que ya podría ser se diese á manos llenas toda satisfacción á vuestros deseos.

Con esto, fingiendo alegres rostros y con grande disimulo, prosiguieron los unos y los otros, ó por lo menos, así lo hicieron los dos Mendozas; los cuales, en llegando á su casa, habiendo muy gustosos cenado, despedidos de los amigos y haciendo recoger su gente, ellos solos se armaron y pusieron en forma ciertos de que todo les había de ser forzoso y de que el marqués ni su primo habían de salir en camisa; y siendo ya la hora, en un instante previnieron el puesto, si bien no tardó mucho en verse juntos; con que concertándose en breve, sin hablar en el caso, guiaron á la Puente Segoviana á instancias del marqués; cosa en que los hermanos erraron largamente, pues de solo pedírsela el contrario, estaba sospechosa; pero por no encontrar descrédito, atropellaron por ello.

Sería lá una cuando se hallaron en los primeros andenes, y así, separándose allí; vuelto á los dos Mendozas, el marqués les dijo:

—Muchos días ha que, temiendo llegar á estos términos lo he excusado, pareciéndome que

como forasteros, ignorábades nuestra pretensión, ó que corriendo el tiempo, llegando á vuestra noticia, excusariades los continuos paseos de la calle y aun los cuidados y pensamientos de la señora Hipólita; mas yo he vivido engañado, y aun ella pienso que lo está para vuestro daño. De esta verdad estoy muy satisfecho, y así no pretendo ahora que tratéis de disculparos; porque si hasta aquí os pudiera admitir cualquiera excusa, ya tan graves ofensas y á mis ojos no piden sino obras. Aquí habemos salido mi primo y yo; porque también á él le toca mucha parte á que nos déis una banda y pañuelo que os arrojaron hoy en Barajas. Ved, pues, si lo traéis con vosotros, ó si no, quién ha de volver por ello, que con darme de presente este gusto y para lo futuro palabra de alzar mano de estos locos intentos, podréis en paz volveros y granjear en mí un honrado amigo.

Cesó con esto, y no sé si presumiendo que bramaban los dos por responderle, ó si por no decir más descortesías: y así, viendo don Fadrique á su hermano que arrebatado de ellas, según su condición, no había de replicar cosa á propósito, tomándole la mano, lo hizo él de esta suerte:

—Porque don Diego está con mucha prisa y sé que desea satisfaceros sin retóricas, acortaré yo con las mías, porque todavía conozco ser conveniente atender á esto, como después á lo que más importare; y así, señor marqués, ante todas co-

esas os juro que real y verdaderamente, no sólo ignoramos vuestras pretensiones, la calle de ellas y á la señora Hipólita, pero de la misma manera los demás adherentes de esta plática; á los cuales, por abreviar palabras y porque ellos y su disposición no admiten otro modo, satisfaré yo con deciros que en cuanto á pensar que somos forasteros, estáis tan engañados como ignorantes en que somos más naturales de esta Villa que vos y vuestro primo lo sois de España; y en cuanto á las bandas y favores, satisfacciones y enojos, obras ó palabras y á las demás locuras que habéis dicho, en las unas afirmo que habéis andado necios y en las otras mentido por la barba.

Y dando un paso breve, diciendo y arrancando las espadas, en instante, como dos torbellinos, les cargaron de tantas cuchilladas, heridas y golpes, que á no llegarles presto una celada (infame diligencia entre hombres nobles), ellos acompañaran hasta el día del juicio las losas de la Puente.

Estaban cuatro hombres en un sombrío barranco que allí cerca se hace, y acudiendo en un punto, no sólo los libraron de muerte, aunque no sin grandes heridas, sino que asimismo dieron fuerte apretón á los hermanos, que más animosos y alentados con semejante traición, los embistieron; y rebatiendo su ímpetu con destreza y fuerza monstruosa, á su pesar, dejándo-

se dos compañeros muertos, los arrancaron hasta la misma puerta, adonde sacando algunas luces y acudiendo gente, así unos como otros, acabaron de dejar la pendencia, porque no menos ayuda el cielo á la razón y á la virtud, ni menos se castiga la soberbia y locura. No quedaron los Mendozas heridos, cosa que en parte confirmó su justicia, con que atribuyendo á Dios tan buena suerte, y avisando en su casa, se retiraron á un convento.

CAPITULO CI

Discúrrrese en la corte sobre el caso pasado, quedando los Mendozas en mayor crédito.

LUEGO, al siguiente día, se extendió por toda la corte este suceso, y como siempre suele, dividida en corrillos, unos le contaban de una manera y otros de otra; si bien en todas partes, inclinados á los dos hermanos, favorecían su causa y afeaban la traición de los contrarios que, peligrosamente heridos, así amos como criados, tenían hecho un hospital el convento de Atocha. Y porque aún mejor se conozca el gran predicamento de los Mendozas, la voluntad del vulgo y su agradecimiento, diré la defensa y espaldas que, en este ínterin, tenía su opinión, y ésta aun en los templos del dios Baco, digo, en los tabernáculos de la gula y embriaguez.

Parece ser que en una de estas casas, gober-

nándose el mundo por algunos lacayos, entre los muchos triunfos de sus rentoyes, salió el de la reciente pendencia, en quien dos de aquellos ministros, no sólo se contentaban con dar por movedores y agresores de ella á los nobles hermanos, sino que juntamente con alharacas y juramento afirmaban ser ellos los que llevaban la celada, y los que engañosamente sacaron al marqués á su puesto. Con lo cual, y con otros oprobios, irritado el hermano tabernero, que era de los del hampa, y un espartero, que los contradecía de una palabra en otra y de un brindis en otro, se entendieron de suerte, que desmintiéndose á lindas cuchilladas, cayó muerto un lacayo, y el otro escapó á Santa Cruz, herido; mas acudiendo la justicia, el oficial de esparto se puso en cobro, y el tabernero, que era algo pesado, quedó por prenda de los agarradores.

Procedióse contra él, y cabalmente le condenaron á ahorcar, y pagara el escote si llegando á noticias de los dos caballeros semejante suceso no arrimaban los hombros, y aun el favor de sus grandes amigos, y le sacaron libre del aprieto, pagándole no sólo cuanto había gastado, más aún, las pérdidas y ganancias que podía haber tenido en su oficio, y, últimamente, el perdón de la parte y una muy buena joya para memoria de su amistad. Y no paró en este ejemplar del vulgo que el crédito granjeado y merecido, porque llegando de boca de Ruiz Gómez

de Silva á noticia de S. M. la verdad del suceso referido, fué tan mal parecido, que al punto mandó salir al marqués y á su primo de la corte, que lo cumplieron sin embargo de sus heridas; y asimismo que las justicias advirtiesen la de los dos hermanos con toda reestimación y suavidad, dando á entender con esto la mucha que tan alto príncipe hacia de tales hombres, los cuales, en San Francisco, recogidos y visitados de toda la corte, no hubo noche en quien la ocasión de don Fadrique no se hallasen con el sosiego que primero, y con tan grande gusto de los dos amantes, que á no tenerle á raya ciertas dudas gravísimas y el respeto debido á su decoro, hubiera don Fadrique tomado diferente título que el de pretendiente.

Pedíale Leonarda que se casase con ella, ó que á lo menos, la diese palabra ó cédula en cambio de meterle en su casa. Y para esto esforzaba su gusto con el ser forzosa heredera de un rico mayorazgo; que junto con su gran hermosura era, precioso dote, si como el caballero estaba satisfecho de esta verdad, lo estuviera de quien era su padre, punto sobre el cual se hacían en Madrid diferentes glosas.

Había criado á esta hermosa dama su misma abuela, mujer en cuyo poder estaba entonces, y señora de mucha calidad y aun prudencia varonil; de la cual se decía que habiendo tenido una sola hija, de peregrina y notable belleza

siendo doncella engañada de un grande personaje, había dado mala cuenta de sí, y al mundo en la gentil Leonarda, aquella muestra de su exceso y pecado, y juntamente, que la discreta madre, esperando con secreto su parto, la había con rigores forzado á entrarse en un convento, en quien, haciendo profesión, la tenía sepultada. Y como tales cosas eran tan delicadas y de honra, entendidas por don Diego, temiendo la pasión del hermano, no sólo se las hizo saber, sino que con todas sus fuerzas procuraba disuadir su voluntad. Mas como ésta, aunque en tan cortos términos, había abierto grandiosa batería, fuera desatino intentararlo, además que su ciega afición le ofrecía tan aparentes y discretas disculpas, que sin duda con ellas, una vez ú otra, era muy de temer su arrojamiento.

CAPÍTULO CII

Nuevo y peregrino suceso en los dos hermanos.

EN semejantes lances se les pasaron á los dos hermanos algunos días de su retrainimiento, en quien, uno de los que con menor cuidado estaban, porque don Diego no se preciase de tanta libertad, remaneció en su cuarto una mañana el paje del aviso de Barajas, con otro semejante billete, que abriéndole, admirados de que hubie-

sen aquellas damas duendes acordándose de ellos, vió que así decía:

Papel para los dos hermanos.

«Ya el cielo, condolido de mi amargo penar, parece que ha mostrado su arco de Iris, aplacado mis borrascas, de suerte, que de las mismas vuestras haya nacido la paz que mi alma ha deseado. Sabréis aquesta enigma claramente si, fiándoos de mí y de que no serán horas mal gastadas las vuestras, tuviéredes por bien de llegaros adonde ese criado os guiare esta noche; que con la serenidad y quietud de que gozan mis umbrales (merced de vuestros brazos) y con el valiente hermano vuestro, deseado por acá no menos que vos; ni habrá enemigos que temer, ni recato en que reparar: fuera de que perdida la ocasión, podrá ser que, advertida algún día, mereciese vuestro arrepentimiento.»

En tocándoles á los dos hermanos en caso de enemigos, temores ó seguridades, les llevaron por la misma razón hasta las infernales fraguas de Vulcano. Y así, no reparando en más consultas, regalando al paje, le enviaron contento, y avisado en el punto y la hora, en quien, aforrados los pechos (que las armas no son para cobardes, sino para quien sabe emplearlas y defenderlas), dejándose guiar, salieron en su compañía la vuelta de los Convalecientes, á cuya anchurosa

calle, dando una breve vuelta, en un rincón ó esgonce que hacía, encubierto la misma pared, tocaron un pequeño postigo, que abierto con las llaves que traía su guía, yendo ella adelante y volviendo á cerrar, se hallaron en un gracioso jardín, tan oloroso y bien trazado, que casi por su rastro, pudieran alcanzar el esplendor del dueño.

Hacia frontera en él un levantado cuarto, al parecer, espaldas de unas gentiles casas que caían á la principal calle, y así, habiéndolo todo reconocido el paje y hallado que esperaban, los avisó llegasen á una de sus fuertes rejas, en quien á pocos pasos descubrieron una bizarra moza, que recibiendo con risueño semblante y más hermosos ojos, los dejó á entrambos en igual estimación de su mucha belleza; y mayormente cuando, oyéndola hablar con voz dulcísima, conocieron su discreción y gallardía.

Estaba adornada de riquísimas ropas; y así su compostura, divino olor, gracia y donaire, pudiera suspender cualquier cuidado. Dijoles luego que fuesen bien venidos; y prosiguiendo sin apartar la vista de don Fadrique, las siguientes razones:

—Si como habéis sido deseados de la señora, mi prima, y de mí, hubieran en nosotras faltado, como hoy, los inconvenientes, estad muy ciertos que ni la ida á Barajas se hubiera imaginado, ni la banda y favor con que os servimos fuera ocasión de tales inquietudes, ni quizá el loco de-

vaneo del marqués se hubiera puesto en términos de forzar voluntades de otro dueño; y, finalmente, no se viera hoy nuestra casa, ó por mejor decir, la mejor prenda de ella, en tan grande desesperación y disgusto. (Y volviendo de nuevo el rostro á don Diego, con que pareció que á él sólo tocaba lo restante del cuento, discurrió con la misma gracia y dijo): El marqués, vuestro opuesto, desde Alcalá, adonde asiste herido, ha enviado á pedir á mi tío, el conde, su hija Hipólita, y pienso que, sin duda, se efectuará su intento; porque como los padres reparan algo más en la comodidad del estado que en la conformidad del gusto, sin empeñarse en éste no ven que matan á su hermosa hija y rompen en forzarla el báculo de su vejez y el más lucido espejo de sus ojos. No sé hasta ahora en lo que parará, ni menos si las lágrimas de Hipólita han de mudar la aprensión que, como buenos catalanes, han hecho en su primero parecer. Ella está sobre cena en aquestos discursos, y así, con vuestro gusto, será bien que le avise y que, en el interin, os recostéis en estos jazmines.

CAPITULO CIII

Véase don Diego con la hermosa Hipólita, cuyos favores para siempre le dejan prendado y más agradecido.

CON tanto, habiendo los caballeros besado antes y después las manos á aquella dama, quedando en la mayor confusión que nunca tuvieron, repitiendo tan varias y notables cosas. Decía don Diego á don Fadrique, no con pequeño gusto:

—Hermano, ¿qué Hipólita es aquesta? ¿Qué conde catalán, qué casamientos son estos en que estamos metidos, qué máquinas y ambages nos rodean? Yo de mí sé deciros que aunque tan grandes cosas me han suspendido y aun alborotado, soy de tan buen contento, que sin duda me hallara satisfecho con la dama que he visto, si bien me ha parecido que fuisteis el favorecido y aun el mejor mirado.

Rióse á esta razón notablemente don Fadrique, y respondió al hermano:

—Pues sois ya medio conde, ó al menos, según veo, para entero os pretenden; y aun sin ser envidiado, ¿no estáis contento? Pues adviértos que de quererlo todo caeréis de ojos en el común adagio, y, por el consiguiente, os veréis sin lo uno y sin lo otro.